Clarín

Precio del ejemplar $ 0.10 | Buenos Aires, enero 27 de 1920 | Año I — N.° 14

El nuevo doctor

Hijo mío: Dedica todas tus energías a la vida pública, habla siempre de la Patria y de los trabajadores, pero sirve incondicionalmente—a la Iglesia y al Capital,... aunque sea extranjero.

CEDIAL

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEO UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral—y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEO UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: $ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Lea Vd.

NACHA REGULES

La última novela de

Manuel Gálvez

que acaba de aparecer

Es una obra que, por su tendencia, deben conocer todos los hombres liberales del país.

El ejemplar $ 2.50 m|n

EDICIONES SELECTAS AMERICA

Cuadernos mensuales de letras y ciencias

Número suelto 0.20

BUENOS AIRES

Acaba de aparecer:

PROTASIO LUCERO

(Un porteño en provincias)

por

B. González Arrili

De venta en todas las librerías

$ 2 m/n.

COOPERATIVA ARTISTICA

Materiales finos para artistas. Grabados, aguafuertes y modelos.

Marcos de estilo. - Artículos generales para ingenieros, arquitectos y dibujantes. - Copia para planos.

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858 - Avenida

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de **Football,** canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construídas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A) y BORGES (F. C. B. A y. R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

Clarín

Aparece los martes | REVISTA SEMANAL | Redacción y Adm. MAIPU 126

La doble vía

Acción directa y acción política

por

Carmelo M. Bonet

Rogamos al lector algo impaciente que no deduzca del primer párrafo del presente artículo, aventuradas inferencias. Lea meditadamente hasta el final y verá cómo el autor aboga, lo mismo que otros colaboradores de «Clarín», por la armónica unión de las izquierdas.

N. de la R.

EL Parlamento, en todas partes del mundo, es una institución caída en desprestigio porque se ha convertido en un semillero de políticos profesionales, de vividores de la cosa pública.

Tal desprestigio de una institución en teoría inatacable, ha traído como consecuencia el que las grandes masas, necesitadas de reformas urgentes, inaplazables, prescindan del bizantinismo, intrigas y logorrea de los Parlamentos y traten por sus propios medios de realizar sus aspiraciones. Es lo que se llama la *acción directa.*

El sindicalismo, cuyo gigantesco desarrollo es uno de los fenómenos sociales más llamativos de nuestra época, desprecia la acción política y adopta como táctica de combate la acción directa, es decir, la huelga o la amenaza de huelga. El terrorismo, fruto de la desesperación o del extravío vesánico, es una forma patológica de la acción directa, propia de masas sin educación gremial, dirigidas por cabecillas demasiado chicos para acontecimientos tan grandes.

Este crecimiento hiperbólico del sindicalismo ha tenido como raíz sus éxitos fulminantes. En España, la jornada de ocho horas que en el Congreso hubiera provocado un debate interminable y, a la postre, infructuoso, se consiguió en pocas horas mediante la simple amenaza de una huelga general de brazos caídos. En Inglaterra, la presión laborista obtuvo la jornada de siete horas para los mineros y sustanciosas mejoras para los obreros del riel. Los ejemplos podrían multiplicarse con sólo recorrer la crónica telegráfica de los últimos meses. Pero nuestro objeto en este momento se limita a poner de manifiesto la razón fundamental que aleja a gran parte del mundo obrero de las lides electorales.

Los socialistas ven con sumo desagrado esta tendencia antipolítica del obrerismo. En sustancia, persiguen la misma finalidad que los sindicalistas, va'e decir, la emancipación de la clase acogotada por los tentáculos del capital. Pero ellos siguen distinto camino. Ellos creen en la eficacia de la lucha política, pues esa lucha los conducirá fatalmente a la posesión del gobierno, y una vez en el gobierno tendrán carta blanca para realizar sus ideales por vía legislativa.

Ahora bien: por seguir distinta senda hacia una misma meta, sindicalistas y socialistas se combaten ásperamente, incurriendo en aquel paralogismo de que nos habla Vaz Ferreira, que consiste en tomar por contradictorio lo que no es sino complementario. Tan falsa es esta oposición que el laborismo inglés, con ese buen sentido propio de su raza, va hacia su fin por los dos caminos: la acción directa y la acción política.

De esta ilógica tirantez entre socialistas y sindicalistas, los conservadores sacan partido, abogando, como los socialistas, por la acción política y vociferando contra la acción directa, la más temible para ellos porque los puede dejar «knock-out», según diría Lloyd George, en el momento más impensado.

Tienen un lindo argumento que se impone de primera impresión. Dicen que la acción directa está al margen de la ley, puesto que ella significa una irritante coacción de una minoría audaz sobre la mayoría desprevenida. Si hay una huelga de ferroviarios, los ferroviarios son la minoría con respecto al país y, sin embargo, imponen su ley. En una democracia, que por definición implica el predominio de las mayorías, esta táctica de imposición de los menos sobre los más, es inadmisible y está fuera de la legalidad. Si los trabajadores tienen, como afirman, razón en sus pretensiones, ahí está, a sus alcances, un recurso legítimo para imponerla: el sufragio por medio del cual pueden conquistar el gobierno.

Vamos a admitir el argumento íntegramente, aun cuando se podrían oponer algunas consideraciones como ésta: en el caso de los ferroviarios en huelga, es cierto que son una minoría con respecto a la población del país, ¿pero qué sabe la mayoría de los asuntos ferroviarios? ¿Con qué criterio un sastre, un dentista, un maestro de escuela, un cómico, un banquero, pueden dictaminar sobre la justicia de una reclamación de los obreros del transporte? Los únicos capacitados para juzgar son los ferroviarios mismos que «viven» su problema, y si la mayoría de ellos está, verbigracia, por la huelga, esa mayoría, y no la de la masa neutra, es la que, lógicamente, debe predominar.

Además, todos lo saben, esa vía del sufragio aconsejada con igual ardor por conservadores y socialistas, no está en todas partes expedita. Las leyes electorales, elaboradas por políticos maquiavélicos que tratan, ante todo, de no perder posesiones adquiridas, son baúles de doble fondo que permiten un honrado escamoteo. Así vemos cómo una mayoría de sufragios puede corresponder una minoría de representantes. Y es que grandes residuos se han perdido en los habilidosos alambiques de la ley. En esta misma revista, nuestro compañero, el doctor Arturo de la Mota, en un sesudo artículo de refutación a Lugones, probaba, con cifras, cómo la derrota socialista en Francia era puramente aparencial: enviaron los socialistas menos diputados a la Cámara, pero tuvieron más votos que nunca. Y Jack la Bolina afirmaba, días pasados, en «La Nación», que el Partido Socialista italiano había cosechado en las últimas elecciones, él solo tantos sufragios como todos los demás Partidos juntos. Y, sin embargo, su representación en el Parlamento no responde a semejante realidad. Y sin irnos tan lejos, con una ley electoral casi buena, ¿no tenemos entre nosotros casos bien frescos en que la viveza criolla se ha burlado del veredicto de las urnas?

Con todo, lo repetimos, aceptemos íntegramente el argumento de que sea el sufragio el único camino valedero para que el mundo de los que trabajan para vivir conquiste el mango de la sartén.

Veamos, ahora, objetivamente, los resultados que se van adquiriendo mediante la práctica de este consejo dado por socialistas y conservadores.

En los Estados Unidos, cuna de la democracia, país que ha puesto en su principal entrada, como símbolo de sus instituciones, la estatua de la Libertad, los socialistas del Estado de Nueva York acudieron a las urnas y sacaron a flote cinco diputados. ¿Pero qué pasó? Nadie lo ignora, pues el asunto produjo una descomunal tremolina. Los conservadores de Albany—demócratas y republicanos—rechazaron los diplomas, casi por unanimidad, no sin antes someter a vejaciones cobardes al pequño grupo de nuevos representantes. El porqué confesado de una tal excomunión fué que los socialistas respondían a una plataforma electoral contraria a los intereses de los Estados Unidos, es decir, en buen romance, contraria a los intereses de las casta plutocrática que maneja los títeres en el gran país de la Libertad. Casi al mismo tiempo, la Cámara de Representantes rechazaba en Wáshington, por segunda vez, el diploma del socialista Víctor Berger, acusado del horrendo crimen de haber sido pacifista, esto es, consecuente con sus principios, en medio de la locura de la guerra. No puede darse ejemplo más nítido de cómo se entiende allí la libertad de pensamiento y de cómo se estimula en los Partidos izquierdistas la lucha dentro de los rieles de la Constitución.

La misma contradicción entre los hechos y la doctrina se produce en Europa (y se

producirá en la Argentina cuando conservadores y radicales,—la misma familia con distintos apellidos, — presente un frente único, llegado el momento de poner las barbas a remojar).

No hace mucho, traían los diarios noticias de Bulgaria a través de las cuales se vislumbraba al pequeño reino balcánico tambaleando al borde de un precipicio. ¿Qué cosa horrible acontecía? Acontecía que los comunistas se estaban apoderando de la cosa pública, sin ruido, *mediante el sufragio*, a pesar de las violencias y entorpecimientos de los reaccionarios. En el Parlamento contaban los comunistas con el grupo más numeroso, después de la «Alianza Agrícola», y en las elecciones municipales de Sofía habían obtenido un triunfo sin precedentes. Esa era la horrible cosa que acontecía en Bulgaria.

En Inglaterra, el avance del laborismo está quitando el sueño a lores y magnates, y ya están maquinando pretextos para evitar la «catástrofe» que implicaría un gobierno laborista. Comienzan a decir que el Partido Obrero carece de experiencia gubernativa y que sería peligroso abandonar en manos inexpertas el complicado engranaje de un imperio tan vasto como el británico. Lo que, en el fondo, significa: diga lo que quiera el sufragio, es necesario que no abandonen el barco los experimentados timoneles de la coalición.

Vemos, pues, claramente, la hipocresía sobre la cual se sustenta la prédica legalista de los conservadores. Cuando les pica la acción directa, claman por el sufragio. Mas cuando el sufragio está a punto de desplazarlos, pierde su antigua virtud y, por pitos o por flautas, los rivales vencedores aparecen como inhabilitados para ejercer su mandato.

Conviene ir haciendo la filosofía de los hechos y escrutando la psicología del enemigo, a fin de batirlo más inteligentemente.

Asuntos universitarios

El doctorado jurídico

por

Alfredo Colmo

HE asistido a su defunción, y no deseo celebrar sus funerales. Al contrario: quisiera hacerlo resurgir, pues sostengo que se lo ha muerto en mala ley, más aún, que el difunto en el papel goza de buena salud en la realidad, y que los autores del delito merecen una pena...

La defunción fué «decretada» en una de las sesiones finales del último consejo.

El procedimiento fué de lo más sencillo: se presentó un proyecto de plan de estudios en cuya virtud el título de «abogado» podría ser obtenido previa aprobación de una serie de materias, y el de «doctor» podría serlo mediante la aprobación de una tesis ulterior; por donde en una simple omisión se ha hecho contener toda una derogación de un plan, el doctoral, existente desde años atrás.

Las razones aducidas en pro de la reforma no fueron muchas. Menos mal si hubieran sido buenas...

Se alegó el fracaso del doctorado... ¡Estas razones simplistas y fulminantes! Lo que fracasó no fué el doctorado, sino lo pretensioso de un doctorado bienal, lo desubicado de un doctorado más económico que jurídico, lo enclenque de un doctorado que se modificó tres y cuatro veces antes de aplicárselo, y lo inconsulto de un doctorado que nació muerto, según predije (a nadie le habría costado gran cosa tal predicción) en un libro que sobre la Facultad publiqué en 1915. Había que descender, pues, de la razón general o de bulto, a la particular; era preciso ni sinonimizar «el» doctorado con un doctorado maltrecho y enfermizo.

Se agregó que el doctorado—por el estilo germánico (y francés, e italiano, etc., se pudo añadir)—lo habíamos tenido ya en 1875, y fué menester derogarlo bien pronto. Y se incurrió así en una grave confusión, que no mostraba un sólido conocimiento del régimen teutón: según el plan de 1875, el estudiante recibía su título de abogado con 5 años de estudios, y el de doctor con el de uno más; y según el sistema alemán alguien puede ser muy doctor en derecho sin que por ello sea abogado, pues al efecto se requiere un período de «stage» y un examen de estado.

Se pretendió que, en todo caso, los estudios científicos tenían en la casa su lugar, pues los cursos de la llamada cultura «jurídica» (que fué un perfecto fracaso: no contó con alumnos, y luego ni con profesores), llenaban su objeto. Y no se tuvo en cuenta que ni en el mejor de los supuestos, el del éxito de tales cursos, dicho plan no conducía a doctorado alguno, ni era propiamente para los alumnos (eran para cualquiera, dado el carácter de extensión universitaria, o cosa así, que revestían), y, por sobre todo, no comportaban para el profesor (nombrado por la misma Facultad con carácter precario, por un solo año, y expuesto a perder su curso en el año siguiente) el estímulo que entraña la dignidad de un profesor permanente y un funcionario de estado.

Las razones no alcanzaban a ser, como se ve, ni medias razones. Para mí la razón de fondo, la verdadera y única razón, quedó inconfesada y oculta: se trataba de favorecer a los estudiantes con planes fáciles y simplificadores y mediante la supresión de esa como espada damocleciana del ciclo doctoral. ¿Presión estudiantil? ¿Sugestión estudiantil? ¿Iniciativa propia?... Todo esto me es secundario.

La reforma fué anunciada en los diarios en tono casi imperativo: «La comisión de enseñanza *despachará* el siguiente proyecto».

Surgió en seguida un contraproyecto. Por él se reconocía lo malo del plan doctoral vigente, y, sin barrerse con su idea esencial, se lo modificaba adecuadamente: se mantenía el ciclo profesional de 5 años, y se agregaba un año para el doctoral con tres materias obligatorias y con una facultativa de entre cuatro de las prefijadas.

Su autor arguyó contra el proyecto unificador: que el autor de éste había quedado conforme en el mantenimiento del ciclo doctoral, como ahora se contraproyectaba, malgrado lo cual volvía sobre su iniciativa anterior, acaso porque había encontrado votos favorables; que pendía del Congreso un plan de estudios del P. E. en el cual se instituía ese doctorado, por donde se corría el peligro de que se lo derogase ahora y se tuviera que volver a adoptarlo si el Congreso despachaba dicho proyecto, lo que conducía a una permanente inestabilidad y a toda una falta de seriedad; que por razón de tal proyecto del P. E., que mañana podía ser ley, no se despachó antes un proyecto de reforma de otro miembro de la Facultad, lo que implicaba que tampoco se despachara el actual; que el proyecto entrañaba toda una involución, pues con él se retrocedía a las épocas del carácter escuelero de los estudios y de la Facultad, con el grave peligro de que fulminada así la idea del doctorado, prácticamente se lo enterraba, pues en muchos años no sería posible actualizarla de nuevo.

Al propio tiempo trató de sustentar su contraproyecto. La implantación o mantenimiento del doctorado respondía, menos a la necesidad del doctorado mismo que a lo indispensable de que, mediante él, se propendiera, de una vez por todas, en forma modesta pero firme, al ideal de la universidad científica y cultural, ya que para el logro de un título profesional no hace falta universidad alguna, pues sobra con una escuela. El pésimo resultado científico de nuestras universidades, como de las de todos los países sudamericanos, debía convencernos de que el cambio de método se imponía. Viceversa: el admirable auge de la ciencia en países con universidades científicas, como Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Austria, Francia y la misma Italia, debía servirnos de ejemplo y modelo. En Italia, a propósito, se clamaba todavía contra lo no suficientemente científico de sus universidades. No correspondía temer por el éxito del doctorado: la mayoría de los estudiantes habrían de seguirlo, ya que era tan limitado, y ya que la tradición doctoral entre nosotros es tan intensa que hace anhelar con ansia el consiguiente título.

Todo fué en vano. Casi por unanimidad quedó decretada la muerte del doctorado, y se prefirió conservar el tinte utilitario y escuelero de la orientación jurídica.

Para mí eso es, sociológicamente, educacionalmente, políticamente, todo un baldón. El plan fijo y torpemente igualitario, es la condenación de cualquier iniciativa, es la proscripción del valor individual, es la anquilosis de toda función educadora, así en el profesor como en el alumno. El norte profesional de los estudios es la apoteosis de lo que se cree y llama «práctico», es el ápice del empirismo y la incomprensión: investigación propia, cultura superior y desinteresada, horizontes mentales amplios, ceded el paso a la cristalización y a lo subalterno de la minucia; ciencia, deja lugar a la ingenuidad dogmática y al psitacismo palabrero...

No exagero, ni busco efectos oratorios. No hay para mí nada más evidente que todo ello. La ciencia es el saber más propiamente «útil», ha dicho ya Spencer. La verdadera universidad (hago caso omiso aquí de su función educadora del carácter y formadora de la moral, que no está en tela de juicio), dicen Paulsen y Thwing, es aquella en que se investiga, la que es un templo de ciencia. En los Estados Unidos, malgrado se cuente con cerca de 600 universidades, se procura la instalación de toda una gran universidad nacional, en Washington, para la mera investigación y la pura ciencia. Y observa Caullery que en ese mismo país, «les universités d'Etat les plus importantes s'élèvent du niveau utilitaire où elles ont commencé et tendent à prendre une place honorable à coté des grandes universités de l'Est». Por ahí nos advertirá Veblen que «la separación entre la universidad y las escuelas profesionales y técnicas debe ser llevada adelante y hecha absoluta», pues resulta «perfectamente posible una universidad sin escuelas profesionales, y no lo es una universidad sin ese estudio superior y desinteresado».

Me cansaría de formular citas. Quiero mostrar tan sólo el espíritu reinante en otras partes. Quiero apuntar que el ejemplo alemán es seguido en casi todo el mundo. Y no necesito advertir que no pretendo de entrada la transformación de nuestras llamadas universidades en centros de pura cultura. Sé lo que pesa una tradición. Sé, por eso, que debemos conservar en la Universidad la formación de nuestros profesionales. También sé, por lo mismo, que hoy por hoy, y por mucho tiempo todavía, lo más importante para nosotros es esa formación. Lo que quiero es que empecemos alguna vez: que se aminore el fetichismo de lo profesional y utilitario, que se coloquen las primeras piedras del monumento a la ciencia y a la verdadera cultura. El mundo civilizado, dice el Presidente Baker, «aspira a mayor eficiencia en organización y administración políticas, en industria y en prosperidad social», y para ello es indispensable el empleo de «métodos científicos», por lo mismo que «la ciencia será el instrumento del progreso», por donde «la ciencia pura debe ocupar su lugar». De ahí esta observación del mismo Baker, plenamente aplicable, y con mil motivos más, entre nosotros: «si las facultades jurídicas americanas profundizaran sus cursos en ciencia legal estrictamente teórica y en derecho comparado, para revelar a las más jóvenes generaciones los verdaderos problemas del derecho común..., inaugurarían una nueva era en el desarrollo del derecho anglo-americano y de su ciencia».

Tal es mi conclusión. El Consejo de la Facultad de Derecho ha tenido una visión muy cerrada de sus fines. El leguleyismo no conduce a ninguna buena parte. Roma brilla no por sus abogados, sino por sus jurisconsultos. El auge de un país jamás se ha debido a simples profesionales. El maravilloso «essor» de Alemania es obra de sus universidades y de sus hombres de ciencia. No podemos esperar, así, que cincuenta o cien abogados anuales valgan una tarea propiamente educadora, ni entrañen la solución de nuestros problemas jurídico-sociales. La Universidad, y con ella la Facultad de Derecho, será científica, o no será. Esto es irremediable. Oiga quien tenga oídos, y comprenda quien sea capaz.

Respuesta

La Liga Patriótica Argentina

Señor Francisco de Aparicio.

Distinguido señor:

Contesto complacido a su interesante carta abierta, pero deseo antes advertir que no lo hago en mi carácter de Secretario General de la Liga Patriótica Argentina, pues por razones que no vienen al caso, he declinado ese cargo. Asumo la responsabilidad que me corresponde como uno de los fundadores y principales factores de su desarrollo. Desde aquella posición hubiera esperado que la acción de la L. P. A. fuera desvirtuando con el tiempo las sospechas y las críticas que en su contra se dirigen. Hoy, ya es otra cosa. Hablo por mi cuenta y riesgo; defiendo una criatura en parte mía y un pensamiento que aún puede realizarse.

¿Porqué elegí a "Clarín"?

Hay en él, lo confieso ingenuamente, algo que me atrae. Padece desvíos imperdonables, pero no es mercenario. Tiene ideas y el encanto de la juventud, pasiones, rebeldías; con sus graves errores, muchas verdades que bien orientadas pueden contribuir oportunamente, a realizar la obra de reparación y de justicia social que los progresistas, los buenos argentinos deseamos.

A propósito de la sinceridad, un deslinde de situaciones.

«Los pueblos son árbitros de la gloria; ellos la dispensan, no los reyes. La gloria popular es la gloria por esencia». Palabras de Alberdi que tenía presentes cuando meditaba sobre la causa de tanto reproche y manifestaba mis dudas sobre la sinceridad de algunos adversarios. Porque la verdad es que puede resultar tentadora la visión de una muchedumbre entusiasta marchando hacia la conquista del poder y de sus caras aspiraciones, encabezada por mujeres de pelo corto y mozos de amplio chambergo, alzando en alto el pendón rojo. Me decía para mis adentros: y ¿por qué CLARIN no ha de ver allí un reparto de gloria en perspectiva?

¿Qué decir, en cambio, de los que, sin tener nada, se confunden con los que mucho tienen para indicarles, desde cerca, sin inspirarles temor, el camino de la paz y murmurarles frecuentemente la solución del problema que les quita la calma; para advertir que «el capital y el poder» no siempre están donde deben estar, según la razón y la justicia?

¿Qué decir de los que con su prédica atacan egoísmos, riqueza y poder, recogiendo frecuentemente ironías o malicias de ciertos elementos no deseables a la sombra noble, antipatías y amenazas de los que, en el otro extremo, se benefician de ese sacrificio, sin comprenderlo?

Génesis de la L. P. A.

Nació, como es del dominio público, en enero de 1919, con el nombre de «Guardia Cívica», sustituído por el actual a raíz del ridículo de la invasión al Departamento de Policía por ciertos elementos extraños que se decían agrupados bajo aquella denominación.

Ningún vínculo tuvieron sus fundadores con los denominados «Guardias blancas». Nadie mató a nadie. Ningún desdichado moscovita dejó en manos de aquellas gentes un solo pelo de su barba.

Entre las personas reunidas, en el Centro Naval reinaba indignación y entusiasmo. Se presentaba una buena oportunidad para aprovechar tan dura lección. Cambié algunas ideas con mi distinguido amigo el almirante Domecq García y llegamos a la conclusión de que convenía fundar, a base de aquella muchachada, una organización permanente, algo así como un «somaten», con el propósito de cooperar al mantenimiento del orden, en apoyo y bajo la dirección de las autoridades. La idea fué recibida con muestras de aprobación, así como el lema adoptado, «Patria y orden», cuya paternidad reclamo para demostrar oportunamente que es compatible ese «enancamiento», como usted lo designa, y que comprendo el contenido de ambos vocablos.

Así nació la L. P. A. Contribuyeron a formarla elementos de todas las condiciones sociales y partidos políticos.

El leitmotif

En mi pensamiento y en el de varios compañeros estaba, desde el primer instante, la creación de un organismo capaz de contribuir eficazmente a mantener el equilibrio social por sobre los egoísmos individuales y partidistas, que contemplara el interés general de la comunidad indivisible, actuara en el sentido de la evolución, de la renovación, predicando y sosteniendo todo lo que, dentro del concepto ético contemporáneo, fuera considerado como bueno y como justo, los anhelos, aspiraciones y demandas populares orientados hacia el perfeccionamiento colectivo y el bienestar individual.

Este pensamiento fué definiéndose progresivamente en las distintas asambleas, según puede observarse en el libro de actas y en el memorial periodístico que se lleva en Secretaría, hasta el punto de que la organización vecinal de carácter represivo figura en último término, después de catorce propósitos constructivos, de carácter cultural y nacionalista, enunciados en el actual estatuto.

Para mayor eficacia de nuestra labor, fueron invitados desde el primer instante a tomar parte de la redacción de las bases y expresión del espíritu de la Liga, hombres estudiosos, destacados en la política, en la cátedra, en el foro. Con especial interés fué solicitada la intervención de don Ricardo Rojas. La obra que se proyectaba tenía muchos puntos de contactos con su complicada «Profesión de fe». El autor de «Restauración Nacionalista», que apareció en los salones del Centro Naval en aquellos instantes en que los chambergos raros y las melenas abundantes peligraban, no contestó ni una línea a la gentil invitación del almirante Domecq García. Supe más tarde que alguna «gacetilla» lo había advertido que la L. P. A. era obra del señor Presidente de la República, para apoyar su política. Los acontecimientos posteriores demostraron el singular acierto de su información.

Los doctores Alfredo Colmo y Juan P. Ramos, distinguidos universitarios, tomaron una activa y principal participación en la redacción del manifiesto y de los propósitos fundamentales de la asociación.

El doctor Colmo renunció debido a su abierta oposición a la organización vecinal, por considerar que la función represiva correspondía al Estado y no podía ejercerse por particulares. Creo que demostré su error y el proyecto fué sancionado. Lamentose mucho su separación, porque mi estimado maestro hubiera contribuído a afirmar la obra constructiva de la L. P. A. con su preparación y decidido empeño. Posteriormente, una cariñosa carta me anunciaba el retiro del doctor Juan P. Ramos, por causas que creyó conveniente reservar. Otro golpe fuerte para la faz social de la obra.

Era conveniente tocar una llamada de atención para significar a los poderosos, sobre todo a los que formaban parte de la institución, que el problema era serio y que había que aprestarse a afrontarlo con serenidad y elevación de espíritu. Lo hicimos en documento que denominamos «Circular de la Presidencia», porque se dirigía especialmente a los miembros de la Junta de Gobierno. No resisto al deseo de transcribir parte de ese documento que lleva las firmas del almirante Domecq García y la mía. Helo aquí:

«La época actual no admite indiferencias. Ha llegado el momento de optar entre el odio y la concordia, entre la violencia y la razón. La indiferencia es un delito cuyas consecuencias caerán sobre el País, sobre todo el pueblo de la Nación.

«Es indispensable que las ideas de justicia y libertad encuentren en nuestra patria un cauce abierto por la fuerza de la razón, por un nacionalismo amplio, que combata igualmente los abusos del poderoso y la violencia del desheredado. Así encontraremos el justo medio, sin los dolorosos desgarramientos que trastornan hoy a gran parte de la humanidad.

«Ningún argentino debe permanecer un solo instante sin aportar al ambiente social su opinión y sentimientos. Es necesario advertir que si permanecemos en el silencio o abstraídos en un exagerado egoísmo individual, la resultante social, lo que designamos comúnmente opinión pública, no será una expresión fiel de la verdad, no contendrá los reales anhelos de la comunidad nacional, será una resultante de sumas que no se habrá formado con el concurso de todas las fuerzas, y habrá trastornos y habrá luchas, porque las soluciones no interpretarán las necesidades y las aspiraciones de la gran masa popular.

«Muchas veces los poderosos no comprenden, quizá porque su vida falsa los aleja de las palpitaciones del pueblo que trabaja y sufre, de los que luchan por la conquista de un bienestar que no llega; no advierten, que el origen de todos los beneficios reside en la solidaridad, que la riqueza que han acumulado se forma con la contribución de todos los elementos sociales, que es no sólo el producto del esfuerzo individual, sino en gran parte del organismo que al nacer encontramos ya constituído y al que debemos una justa retribución: que hay males que remediar, e injusticias que suprimir.

«La imperfección humana hace que la distribución de ese fruto del esfuerzo común, de la riqueza, no sea absolutamente equitativa. Hay quienes no alcanzan a obtener a pesar de su esfuerzo, lo indispensable para satisfacer sus necesidades materiales, y hay quienes no reciben los beneficios de la vida espiritual, mientras otros disfrutan, con toda amplitud, de una existencia holgada y aún llegan al margen del refinamiento, del derroche, de la ostentación.

«Medítese un instante: si se acumula fortuna con egoísmo y no se escucha este llamado sincero, la voz suplicante de los que anhelan para su patria la primicia de resolver el problema social por el amor, por la concordia, por la mutua voluntad de destruir las diferencias que no respondan a la equidad, que no sean el premio del trabajo, del estudio, de las virtudes cívicas, que no sean el resultado inevitable de las diferencias naturales, que no obedezcan a la necesidad del progreso colectivo, del engrandecimiento moral, intelectual y material de la Nación, se provocará el caos en vez de facilitar la pacífica evolución.

«Seamos nosotros, los argentinos, los que demos el ejemplo. Que todos contribuyamos con nuestra voluntad a la solución del gran problema.

«Trabajemos con decisión, con energía, con altivez, poniendo toda el alma, sin las mezquindades del egoísmo, con el corazón bien alto.

***

Creo que CLARIN suscribiría complacido esas palabras, hijas del corazón, que a pesar de su sencillez, pasarían como párrafos del manifiesto del grupo «Claridad» o como manifestación de cualquier espíritu anheloso de paz social a base de justicia. Ellas revelan que el criterio directivo de la institución era humano, elevado y claro.

Para no fatigar su atención, dejaré para el próximo número las razones que tuve para sostener la conveniencia de organizar la defensa vecinal. Más adelante replicaré las observaciones que se ha dignado formular al discurso que pronuncié en Mendoza.

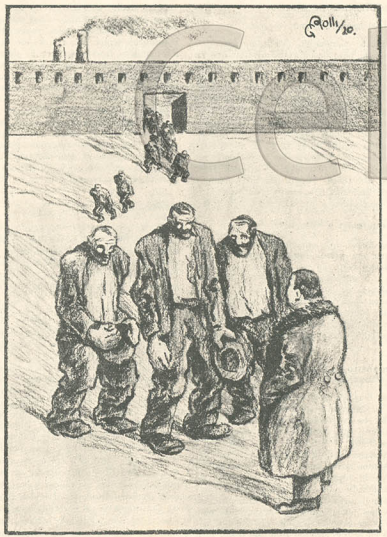
Rodolfo Medina

Conquista de la juventud

El psicólogo ha dicho que no se nace joven y, si reflexionamos un poco, pronto vamos a darnos cuenta de esa verdad. No se es joven por los años que se hayan cumplido, sino por la lozanía espiritual que se conserve. Conozco octogenarios llenos de ideales, si bien es cierto que esos ideales no son reumáticos, como los de cien poetas plañideros que me fastidian con sus quejidos. En cambio, ¡cuánto anciano de 25 años! Serios, calculadores, «formalitos», incapaces de realizar una cosa defonante o imprudente, fuera de conseguir un cargo del gobierno (para no hacer nada) o atrapar buena dote. «La juventud se conquista», dice Ingenieros, recordando sus años de lucha, sus quimeras, sus desazones... Porque ser joven es vivir. Y vivir es sufrir y hasta gozar, pero nunca eso de ir arrastrando una existencia estólida, como el buey macilento la carreta. Será joven quien prefiera a lo fácil, lo arduo; a lo seguro, lo arriesgado; a lo cómodo, el peligro; a la esclavitud burguesa, la libertad un poco anárquica, el aire de la calle... Será más joven quien atesore más ideales. Y cuanto más exagerado sea ese idealismo, mayores serán las pruebas que tengamos de esa juventud. El que más se debate buscando una perfección, es el más idealista. Porque no es idealizar pasarse las horas, como algunos «bocabiertas» que se creen poetas—¡te doy Poesía!—soñando con una epincesita lilial. Desde que los ideales van tras un progreso, que puede ser lo mismo que moral, material, los extáticos y los platónicos no son idealistas. Sin lucha no hay idealismo, no hay juventud. Juventud es, por consecuencia, antes que nada, combate. Y he ahí demostrado que tenemos viejos jóvenes, en contraposición a los jóvenes viejos que nos desesperan con su pasividad y su «practicismo». Jóvenes viejos que se ponen un traje entallado y un sombrero a la «haute», para mirarnos con un poco de desdén a los que luchamos por conseguir un ápice de esas deslumbradoras entelequias que se llaman el Arte, la Gloria o la Verdad.

Vicente A. Salaverri

INTRANSIGENCIA



Sentimos, patrón, que **no pueda** concedernos el aumento porque nosotros no estamos dispuestos a enriquecerlo a menos precio.

Boys Scouts

por

Marco Polo

ESTA institución inglesa, de reciente trasplante nacional, demuestra, una vez más, el peligro de la ciega adopción de costumbres extranjeras para las cuales nuestro espíritu no es apto o no está capacitado.

Nuestra idiosincracia tiende siempre a formalizar en determinada cosa concreta los impulsos más originalmente ideales. Así es como no concebimos religión sin clericalismo y disciplina sin militarización.

Nacida hace años, como una iniciativa tendente a la educación práctica de la juventud, el scoutismo se propuso iniciar al niño en el culto del coraje, de la disciplina, de la lucha contra la naturaleza y de la formación del carácter, desarrollando la capacidad de acción y de iniciativa. Pretendía, además, influir sobre la conducta mediante un código de honor, muy semejante a un catecismo de moral práctica. El vago carácter militarista de su comienzo provenía, no tanto de su ascendencia (fué fundada por un general) como de la naturaleza misma de sus funciones. La actividad al aire libre, indispensable para el logro de sus propósitos, le daba cierto carácter de ejército en maniobras, pero con tendencias diametralmente distintas.

Con todo, en países como Inglaterra, tan reacios al peligro militarista, instituciones de esta índole no son peligrosas. Quien recuerde las dificultades con que tropezó la implantación del servicio militar obligatorio, en plena guerra, convendrá que el militarismo nunca ha sido de temer en aquel país.

Muy otra cosa sucede en el nuestro, donde el scoutismo se ha convertido, en corto plazo, en una conscripción anticipada. Ha perdido el carácter moral y pedagógico que le diera un valor original, para reducirse a una fábrica de soldados prematuros y, por tanto, infinitamente más peligrosos. Se ha visto en la noble iniciativa un excelente medio de aborregamiento infantil, y tan es así, que quienes más pronto se apoderaron de la idea y la llevaron a la práctica con mayor perfección, fueron las escuelas confesionales, a quienes no preocupa mucho, que digamos, la formación del carácter individual...

Así es como esta institución ha venido a dar una vuelta completa con su implantación nacional. De escuela práctica del carácter se ha convertido en una repugnante conscripción infantil, bajo el doble dominio del militar y del cura. El dechado que de allí resulte ha de ser perfecto, sin duda, pero no para ciudadano de una república.

En esto tenía que caer una adaptación imposible de una institución cuyo sólo nombre ya es de por sí intraducible. (La palabra *escucha* con que se pretende traducir la inglesa scouts sugiere una vaga idea de alcahuetería militar, totalmente distinta al significado del vocablo inglés). Conspiran contra esta adaptación, no sólo la falta de un fundamento moral en nuestra educación, sino hasta la fisonomía geográfica del país. Se confunden, por desgracia, la cultura física con la práctica militar, así como se confunde la fe con el ritual religioso. Hacen falta aquí, ciertamente, instituciones dedicadas a la educación física de la juventud, pero despojadas de todo carácter militar. La misma institución de los boys-scuots podría servir para el caso, dada su organización, siempre que se preocupe de formar hombres y no soldados. Un atleta no es un soldado, pero puede serlo, y de primer orden, llegada la ocasión. Tenemos cercano el reciente ejemplo de los Estados Unidos.

Pero nada justifica la tendencia clerico-militarista que adopta en este país, con doble perjuicio para los niños en quien se ejerce. No deja también de ser curioso el decidido empeño de las escuelas confesionales en adiestrar la capacidad homicida de sus educandos. Al fin y al cabo, ¿no fué Cristo quien dijo que no traía la paz, sino la guerra? Los cristianos se preparan, pues, para la guerra, y en ello tienen razón. Lo que es posible es que esto no nos convenga a los a-cristianos, que ya vamos siendo unos cuantos en el mundo.

Por este carácter tan alejado de su tendencia original, tenemos que ver en el scoutismo un verdadero peligro. La formación de un ejército infantil sometido a la disciplina de la cruz y del sable, instrumentos éstos que a pesar de su aparente incompatibilidad, se ayudan y se complementan en la tarea de destruir la libertad individual y de aniquilar en las conciencias todo santo fermento de rebeldía.

Y todo ello sin mencionar, por supuesto, el consiguiente abuso de los símbolos de la patria, que por lo visto, han de monopolizar en este país las clases de opresión.

Pero esta ya es otra historia, como diría Kipling...

Una obra de éxito

HEMOS leído complacidos la última novela del señor Gálvez, y al darle término acudió a nuestra imaginación la desgarbada figura del caballero de la Mancha, arremetiendo con ciega valentía contra los molinos de viento que quiebran la aplastante monotonía del cielo manchego. Fuera magna la empresa, viril el empuje, alto y fuerte el móvil de la acción, soberbio el bote de la lanza admirable. Si Rocinante claudicó, ¿qué importa!, si el músculo malogró su pujanza en bravo reto al voleo inconsciente de las aspas; ¡paciencia!: el primer paso estaba dado, ya vendrían otros más tarde a atacarle por el flanco herido. Tal es la obra del señor Gálvez, elevado el propósito, brioso el empuje y doblemente meritorio por ser de quien viene; su obra, a no dudarlo, aquilata méritos cuantiosos por la valentía con que ha sido desarrollada, mucho más que por la eficacia y belleza de su realización.

«Nacha Regules», más que una novela, se nos ocurre un cuento que el autor ha procurado diluir caprichosamente, a fin de mostrarnos su ideología actual. Pues sus personajes, no viven ni actúan verdaderamente; hablan y discurren. Las dos figuras centrales, Nacha y Fernando, están vigorosamente trazadas; lástima es que la primera sea harto contradictoria y a la cual el alma que Gálvez ha querido darle, le resulte grande en demasía en más de una ocasión. Ese cariño platónico hacia Monsalvat y ese deseo carnal por el pampa Arnedo, se nos antoja dualidad harto peregrina. Fernando, no es un convencido de la villana y defectuosa realidad en que vivimos, sino por el contrario, un temperamento egoísta a quien un amor más o menos verosímil trastorna, y que por puro error egocéntrico, culpa a la humanidad toda, sin advertir que la caída de Nacha a «los veinte años» no era fruto del defectuoso sistema económico-social que nos rige, sino de una credulidad e inocencia por demás sugestiva. Y es tan solo amor, profundo amor humano el que siente por la milonguera, al punto que desprecia a Irene, esa borrosa figura de la no menos borrosa familia Moreno, que se quiere entregar completamente a él para ser buena. Es que Monsalvat, a pretexto de querer regenerar y ayudar a todas las caídas, «No quiere salvar y dignificar a Nacha; las demás mujeres no existen para él, y si a veces las ayuda, sólo es para aquilatar méritos a los ojos de ella, a quien desea con sus cuarenta largos años de fracasado.

¿Cómo hermanar en un mismo cerebro cultivado esa absoluta inocencia de la protagonista, que había caído, merced a la injusticia social (cierta en todos los casos, menos en éste) con la necesidad del sufrimiento para redimirse, para no ser odiosa? ¿Por qué la induce a sufrir si él bien sabe que la culpa de su caída la tienen los grandes y poderosos, que son malos, lúbricos, descomedidos y crueles? ¿No hay en ello más bien, la honda tragedia del amante encelado, que quiere hacer sufrir a la hembra que sabe impura para que pague la falta de una inocencia de que él también carece?

Fuera de duda, el autor se enamoró de su idea y quiso gritar a los cuatro vientos su nueva verdad, y por ello decíamos antes que era noble la empresa, pero para conseguirlo ha cargado las tintas al punto de deformar completamente los personajes y entenebrecer el ambiente hasta la inverosimilitud; es ficticia, por lo pesada, la atmósfera que la novela destila, es falso el mundo que describe y a menudo antes que retratos, son verdaderas caricaturas. En cuanto al estilo y al valor literario de esta nueva producción, sólo es posible establecerlo por comparación, no con sus obras anteriores, pues cada novela de Gálvez vale literariamente lo mismo que cualquier otra novela de Gálvez, sino con los más difundidos novelistas nuestros. No posee nuestro idioma como Enrique Larreta y es su obra meramente de oportunidad, ni nos muestra esa admirable exquisitez espiritual que trasuda la obra copiosa y tan poco di-

Tu casa vieja

Tu casa, tu casa
tan vieja, tan vieja.

Su fachada humilde,
su techo de tejas,
su balcón corrido,
su pesada puerta,
su portal oscuro,
su clásica reja,
su patio desierto,
su banco de piedra
su viña terrible
retorcida y negra...

Tu casa, tu casa
tan vieja, tan vieja
que da a nuestro idilio
su olor a tristeza...

Fernández Moreno

fundida, sin embargo, de Angel de Estrada, aunque se halla diez codos por encima de Martínez Zuviría, ese novelista ramplón, que nos merece el juicio lapidario que Jorge Oneth mereció a Anatole France: «Fuera de la literatura, fuera del arte».

«Nacha Regules», novela desprovista de todo valor absoluto que pueda hacer a perdurable, tiene, empero, un fuerte mérito de actualidad; pues a la manera de la brújula que anuncia con la movilidad de su manecilla indicadora la cercanía del polo magnético a quien se acerca a sus límites, nos da la sensación de una profunda revolución espiritual en gestación, que, si bien aún no tiene orientación definida, ni marca rumbos certeros para encauzar nuestra actividad, es brillante y consoladora promesa de días mejores.

Lástima grande, después de todo, que por pueril afán de producir, salgan a luz obras como las que motivan las reflexiones que anteceden, cuyos errores pudieron haber sido más o menos fácilmente subsanados con un examen detenido. Ya que la obra de arte literario, especialmente la del género de la que nos ocupa, cobra nuevas virtudes a través de repetidas correcciones, a la manera del mosto capitoso que gana en esencia y claridad a medida que en nuevas odres se trasvasa.

Manuel M. Podestá

Problemas de hoy

El lema del feminismo

Helmer. — ¡Ah! ¡Es irritante! ¿De modo que faltarás a tus deberes más sagrados?

Nora. — ¿A qué llamas tú mis deberes más sagrados?

Helmer. — ¿Necesitas que te lo diga? ¿No son tus deberes para con tu marido y tus hijos?

Nora. — Tengo otros no menos sagrados.

Helmer. — No los tienes. ¿Qué deberes son esos?

Nora. — Mis deberes para conmigo misma.

Helmer. — Ante todo eres esposa y madre.

Nora. — No creo ya en eso. Ante todo soy un sér humano con los mismos derechos que tú... o, por lo menos, debo tratar de serlo.

ENRIQUE IBSEN
"Casa de Muñeca"

EL hombre para la ciudad, la mujer para el hogar: he aquí la fórmula de los conservadores. Para el hombre el campo de batalla: para el hombre el comicio; para él el laboratorio, la oficina, el taller, la cátedra. Para la mujer las modestas tareas de la casa; el cuidado de los hijos, el consuelo del esposo, el ornato del tálamo con la gracia de su belleza. El hombre ha de ser ciudadano; la mujer ha de ser esposa y madre.

Estoy seguro de que la lectora que se digne recorrer estas líneas con sus bellos ojos, exclamará: «¡Pero es claro! ¡Si eso es lo que hemos de ser, esposas y madres! ¿No hemos nacido para eso?» ¡Tanto ha llegado a influir en el alma femenina el secular renunciamiento!

Pero, ¡cuál no será la indignación de esta misma lectora si llego a decirla, empleando las palabras de Manú: «Sea niña, joven o adulta, la mujer no debe hacer nada a su arbitrio, ni siquiera en su casa. Si doncella estará bajo el poder del padre, si casada bajo el del marido, si viuda bajo el de los hijos: nunca debe ser independiente. Que no piense nunca emanciparse de su padre, esposo o hijos; pues separada de ellos sería causa de ignominia...! (Manava-Dharma-Zastra, libro V, Zlokas 147, 48 y 49). ¿No es cierto que esto es muy duro?

Y sin embargo, lógicamente, a esto conduce, y nada más que a esto, la fórmula enunciada al comienzo. Veamos si no: «La mujer ha de ser esposa»: Es decir: ha de satisfacer, mientras satisface los suyos, los deseos de su dueño; ha de prestarse a él como una cosa, como un instrumento, según su omnímoda voluntad de sultán. («¿No eres acaso mi mujer?». ¡Cuántas han recibido en sus oídos la bofetada de esta insultante pregunta que, en realidad, es una orden!); ha de serle fiel, como la clásica Penélope, sin perjuicio de que él, por su parte, se entretenga con todas las Calipsos que halle en las islas del camino. ¿No es todo esto cierto?

«La mujer ha de ser madre». Es decir: ha de gestar y alumbrar en el dolor de sus entrañas a los hijos que llevarán después el apellido del padre. Ha de cuidarlos y ha de cuidar también al esposo, así como a la casa que éste mantiene con su peculio o su salario. ¿No es verdad todo esto?

La mujer tendrá, es claro, sus compensaciones: podrá visitar a sus amigas; salir, en ocasiones, de paseo; ir algunas veces al teatro o a ciertas fiestas; pero, nada más. Toda preocupación que la aparte del marido o de los hijos (pues éste ha de ser su pensamiento capital, obsesionante) le está vedada. Todo lo que se refiere a la vida intelectual: la ciencia con sus múltiples manifestaciones, el arte con sus innúmeras bellezas, los grandes problemas sociales; toda la vida superior, cerebral y activa; la verdadera vida humana, en fin, le está prohibida.

Me diréis que esto no es, en absoluto, cierto, que hay excepciones. Y yo os diré que sí, que las hay. ¡Claro que las hay! Pero añadiré, que es, justamente, en virtud de estas excepciones que nos damos cuenta de que la situación debe cambiar; que cambiará, sin duda alguna. Porque, tal como las cosas están ahora, la mujer es una esclava.

Pues todo aquel que no vive la vida del intelecto es un esclavo. Todo aquel que tan solo se preocupa por el estrecho círculo de sus necesidades puramente vegetativas, animales, es un esclavo. Para no ser esclavo hay que saber pensar; pero pensar, como decía Unamuno, «civilmente». ¿Quién osaría afirmar que Esopo, Plauto o Epicteto, a pesar de sus cadenas, eran esclavos? No, que no lo eran. Y para no serlo hay que ser capaz de pensar en los grandes problemas, en las grandes cosas humanas; es decir, capaz de pensar civilmente. Todo lo demás es puramente animal; y el hombre se distingue precisamente de la bestia porque tiene un cerebro que sabe abarcar el conjunto de las cosas, y porque es capaz de sentir inquietudes, angustiosas inquietudes por todo y por todos. «Homo sum et nihil humani...» ¿No era así como hablaba Terencio?

Las más de las personas que se meten a querer refutar el socialismo y hablan de que sería la muerte de la libertad individual y la vuelta a la tiranía y el hundirse la sociedad en lo informe, y otras tonterías por el estilo, las más de esas personas no se han tomado la molestia de enterarse de lo que el Socialismo es.

Miguel de UNAMUNO.

En este sentido hay todavía muchos hombres que son esclavos. ¡Que si los hay! Pero, cabalmente, la gran misión del progreso es redimir de su sujeción a estos esclavos, es manumitir al género humano. Y cuando se dice «género humano» se habla, creo, también de las mujeres. Aún ellas verán, un día, tocada su cabeza con el gorro frígio de la libertad.

Sí, la mujer ha de ser esposa y madre, ¿quién lo duda? Pero ha de ser también ciudadana. Quiero decir que ha de vivir la vida total, la vida completa. En otros términos, ha de vivir la vida humana; la única que merece ser vivida. ¿Y por qué no? ¿No tiene, acaso, la mujer un cerebro? Un cerebro que, aunque menos pesado, no es inferior al del hombre. Preguntádselo si no a Madame Curie. ¿No es, la mujer, por ventura, capaz de vivir una vida de acción como la del hombre? Que María Spiridonova conteste por nosotros.

Mas, para que esto se haga general, es menester, como dice la protagonista del drama de Ibsen, la realización de un «gran milagro», «¡del mayor de los milagros!». Es necesario que todas las relaciones sociales de la actualidad varíen. Hoy la sociedad está fundada sobre la base de la familia; cada familia es, en verdad, una individualidad que piensa, siente y quiere por intermedio del marido, del «pater familiæ». El, y nadie más que él, es quien se pone en contacto con el mundo exterior; su voluntad en cuanto a esto es indiscutible y debe ser acatada. He aquí lo que ha menester que caiga: la autoridad todopoderosa del esposo y padre. La mujer, la esposa debe dejar de ser un mero objeto en el mecanismo de la familia; debe pasar a ser, ella también, un individuo. Es, pues, la estructura de la familia lo que debe cambiar, de modo que cada uno de sus miembros llegue a gozar de los mismos derechos y prerrogativas. Y este cambio de la estructura familiar no puede, evidentemente, realizarse sin un cambio profundo de la estructura social. He aquí lo que las más inteligentes feministas han comprendido: entre ellas Silva Pankkurst, que acaba de convertirse al comunismo.

Por todas partes hemos visto a la mujer ponerse de pie frente a las injusticias establecidas, para reclamar el reconocimiento de sus muy humanos derechos; la hemos visto obtener notables triunfos, sobre todo en estos últimos tiempos en que este gran catalizador que fué la guerra ha acelerado extraordinariamente la reacción del progreso en la retorta del mundo; la hemos visto adueñarse del arma del sufragio en buen número de países. Esto es halagador y mueve el corazón a la esperanza. Pero sepan las esforzadas mujeres que luchan por la emancipación de su sexo que esa misma emancipación no podrá realizarse sin que se lleve a cabo una transformación completa en las relaciones sociales de hoy. ¡Es en este campo fecundo donde deben trabajar todas aquellas que sepan pensar y que quieran obrar!

Es preciso que los soldados del feminismo, mujeres u hombres, comprendan la trascendencia de esta gran verdad: la mujer no podrá vivir la vida civil, la vida humana mientras no se haya realizado una vastísima transformación social. *Transformación social;* esta es la divisa que el feminismo ha de trazar sobre el lábaro de combate, que agrupará a sus huestes en el día de la batalla. *Transformación social;* éste es el gran milagro a operar. ¡Manos, pues, a la difícil obra!

Hugo Calzetti

Cronica internacional

por

Arturo de la Mota

DIAS agitados y memorables han sido los recientes para la democracia de Francia. Ellos han culminado en la jornada de Versalles, en que la asamblea nacional ha elegido el nuevo presidente de la nación. Desde el primer momento dos figuras de acentuados relieves se levantaban frente a frente, a cual más prestigiosa de las dos. M. Clemenceau, «el padre de la victoria», republicano toda su vida, ¿quién no conoce a M. Clemenceau? A su frente, M. Paul Deschanel, el ahijado de Hugo y de Quinet, hijo de un republicano proscripto en los tiempos de Napoleón III, republicano él mismo. M. Deschanel ha sido, en definitiva, elegido presidente de la república por una gran mayoría, que a última hora se transformó casi en la unanimidad de votos de la Asamblea Nacional. M. Clemenceau ha sido derrotado. Ha caído «el ídolo» de Francia, sin ruido, silenciosamente... Los votos de la asamblea de Versalles se distribuyeron en esta forma: Deschanel, 734; Jonnard, 66; Clemenceau, 65; Bourgeois, 6; Foch, 2; Sadoul, 1.

La caída de Clemenceau

Conocido el resultado de la elección de Versalles, Clemenceau ha renunciado inmediatamente, como era lógico, y con él todo su gabinete. Tal derrota implica su eliminación definitiva de la vida política.

«Yo no pedía nada—ha manifestado.—No quería ser candidato. Se me dijo que era un deber, que la situación era difícil, que el país esperaba de mí nuevos servicios. Lo creí, pero me faltaba el consentimiento general que no se manifestó. Estimo que mi papel ha terminado. No guardo rencor a nadie, ni hay motivo para estar enfadado. He aceptado mis responsabilidades, ¿qué más se puede exigir?; que los demás acepten ahora las suyas».

En verdad que su actitud era un tanto ambigua. Ambicionaba a la presidencia—sin duda—pero no lo decía con claridad. Y a la democracia francesa, no parece agradarle tales actitudes. René Viviani ha dicho en «La Nación», traduciendo el asombro y el desconcierto del momento, solemne, en Francia: «Si alguien hace sólo una semana, hubiera afirmado que Clemenceau no sería elegido representante de la nación, habría sido tratado de loco». ¿A qué se debe, entonces, la derrota de Clemenceau? Sin vacilar, podemos afirmar que es un triunfo de las izquierdas. Comentando no hace mucho en estas mismas columnas de CLARIN las pasadas elecciones legislativas francesas, decíamos que Clemenceau representaba en Francia la reacción, que la derrota de las izquierdas, no era sino aparente, que la opinión francesa, después de la guerra, se había corrido un poco hacia ellas, bien al contrario de lo que pregonaban espíritus apasionados, con suma ligereza. Y en este mismo error ha caído hasta la revista «España», habitualmente juiciosa y bien informada. Y bien: a pesar de haber formado una asamblea mediante maniobras legales y alianzas electoreras—con mayoría del centro y derecha, Clemenceau ha sido vencido. El triunfo de M. Deschanel se debe al apoyo de los radicales socialistas y socialistas unificados—en suma, todo el bloque de las izquierdas—que veían en M. Clemenceau una amenaza constante del parlamento y un obstáculo serio a la nueva política, que el porvenir de Francia exige. «El tigre» representaba, con su intransigencia, con su intemperancia, con su falta de ductilidad, a la Francia del 70. El hombre, sin duda, adecuado para unificar la nación en una sola aspiración durante la guerra: la victoria, pero incapaz de gobernar la nación después de ella. Deschanel no es, por por cierto, un revolucionario, ni siquiera un innovador, pero sí un espíritu flexible, que guiará a la nación por los cauces políticos profundos de las corrientes del momento histórico de la humanidad. He aquí el secreto de la caída del ídolo de la obsecuente mayoría del centro y derecha. Aparte, además, que en el fondo del escenario político asuma la astuta cabeza de Arístides Briand, el apóstata del socialismo, quien al conocer el resultado de la elección exclama: «Francia y la república continúan...»

El nuevo gabinete

M. Millerand ha sucedido a Clemenceau en la presidencia del Consejo de Ministros de Francia. Es una figura, casi diríamos familiar en la política francesa. Varias veces diputado, una vez ministro de comercio y dos veces ministro de la guerra; es un hombre de una capacidad de organización y de trabajo extraordinarias. Socialista—en los comienzos de su vida política—fué expulsado del partido en el congreso de Burdeos, y desde entonces, ha sido siempre el político de los semitonos y del posibilismo. Periodista,—lo ha sido de «La Justice», «La Petite Republique» y «La Lanterne».—su pluma se caracterizó por ser un tanto cáustica. Como escritor ha producido obras de mérito: «El socialisme reformiste», «Travail et travailleurs», «Politique et réalisations». Su ministerio es, sin duda, la expresión del momento incierto. Hay en él republicanos radicales, radicales de izquierda, conservadores y radicales socialistas. En realidad, puede decirse que la gran figura de este ministerio, es el primer ministro. Los demás, son figuras medianas, autores de monografías y trabajos científicos, técnicos en su mayoría. Todo hace suponer que su duración no ha de ser larga y que será simplemente un ministerio de transición.

COMO EL OTRO

¡Ah!.. Si yo también pudiera conseguir un castillo en Holanda.

Incendios en la campaña

por

Hilarión Hernández

HOY es cosa bolchevique cuanto bueno y malo se diga y haga contra el capitalismo en su organización actual. ¡Qué le vamos a hacer: es la moda! Y como las personas y periódicos adinerados o de ideas conservadoras, forzosamente tienen que estar con la moda, diariamente oimos o leemos censuras a los maximalistas por ocasionar incendios en la campaña, al propagar sus teorías *disolventes*.

Sería ingenuo demostrar, una vez más, que la revolución rusa ha dejado de ser teoría destructora y ha dado ya abundantes frutos en la práctica. Además tal acontecimiento no debe obsesionarnos. Las características del pueblo ruso alejan toda suspecha de que él pueda influir directamente en nuestro País.

Dejen a los moscovitas en paz, no sean testarudos y de mala fe y vean que con la magna revuelta sólo tenemos de común su causa originaria: un desequilibrio entre el capital y el trabajo. Sus características y los remedios aplicables son bien diferentes entre nosotros.

Tanta influencia tienen los maximalistas como el viento norte en los incendios de las parvas. Desde hace muchos años vemos repetirse estos hechos repugnantes, endilgándoselos a los anarquistas, a las policromadas magias, a la mano negra, a los terroristas...

Es indudable que más de una quemazón habrá sido ocasionada por individuos pertenecientes a estas temibles o pintorescas agrupaciones. Pero no es menos cierto, que la generalidad de estos atentados criminales los realizan personas ruines y cobardes, como fácil y eficaz medio para vengarse de las ofensas, merecidas o no, hechas por chacareros o patrones. Otras veces este gesto es el lógico resultado de un momento de ofuscación motivado por la imposibilidad de dilucidar—por los medios ordinarios de la justicia—asuntos con personas influyentes. Individuos de esa calaña y en estas condiciones los hay en todas las categorías ideológicas.

Tal proceder no puede ser, no es el resultado de un sentimiento colectivo en contra de determinada clase social; es una forma de cancelar cuentas personales. Esto queda demostrado con el hecho evidente de que los incendios se producen cuando ya está emparvado el cereal, cuando el daño se puede individualizar. Si no fuera así, ¿por qué no incendiar las chacras antes de la recolección de la cosecha, en momentos que el fuego puede propagarse y devorar extensas regiones?

Las autoridades locales son las culpables de que no disminuyan estos delitos, porque su indolencia tradicional y las pitanzas obtenidas de los terratenientes, influyen para hacer la vista gorda, allí donde debieran hacer justicia. Hay que evitar la causa para suprimir sus efectos, ya que nunca se llegará a impedir que un individuo, encubierto por la noche, se acerque a una parva y encienda un fósforo. Es una travesura de niños, tan fácil de realizar como difícil de estorbar, y cuyo castigo es de temerse poco, dada la actividad «orientada» de la policía de campaña.

Por eso, cada vez que aluden los diarios a las «patrullas volantes», constituídas por las brigadas de la Liga Patriótica, que «custodian las cosechas amenazadas», asoma a nuestros labios una sonrisa volteriana ante tanta fanfarronería.

Afortunadamente, nuestra tierra produce más parvas que «desorbitados» incendarios y también que gente patriotera capaz de pasearse, quijotescamente bajo un cielo estrellado, en actitud bélica.

Elena, enero de 1920.

Subrayamos

El Socialismo

por

Juan B. Justo

Transcribimos hoy varios párrafos de la conferencia que diera el doctor Justo en Buenos Aires el 17 de agosto de 1902. Al hacerlo, queremos tributar al viejo luchador un merecido, aunque modesto, homenaje. Bien sabe el autor de «Teoría y práctica de la Historia» que—por encima de algunas discrepancias en nuestro modo de pensar (acaso más cuestión de táctica que de doctrina)—la juventud liberal de la República considera siempre su labor con cordial simpatía respetuosa.

¿Que es el socialismo?

¿Qué es el Socialismo? La palabra suele emplearse para designar, por una parte, el movimiento obrero; por otra, la idea de una sociedad igualitaria y comunista, acepciones estrechas que a veces, por ignorancia o por cálculo, se exageran hasta el ridículo. Para ciertos patrones, el más insignificante reclamo de los trabajadores es socialismo, y en su forma más peligrosa; así, un estanciero, al llegar a la cocina de los peones, encontró escritas en la puerta las palabras «¡Más galleta!» y, azorado, volvióse a contar a su esposa que todos los peones eran anarquistas. O se mira el socialismo como la ilusión de unos bienaventurados, que pasan su tiempo en la esperanza de un mundo mejor, descuidando la vida real en homenaje a la utopía. «¡Soñadores!» nos dicen los cristianos ansiosos del paraíso y los patriotas satisfechos con que la constitución hable de libertad, igualdad y fraternidad.

Parciales y contradictorias como son las ideas corrientes sobre el socialismo, ellas encierran, sin embargo, los elementos esenciales de una fórmula sintética: la agitación proletaria, fuerza viva del movimiento, y su objetivo ideal.

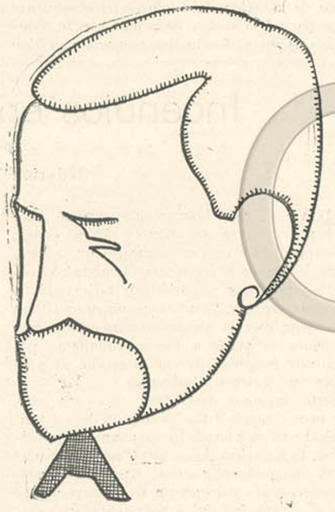
En efecto, el socialismo es la lucha en defensa y para la elevación del pueblo trabajador, que, guiado por la ciencia, tiende a realizar una libre e inteligente sociedad humana, basada sobre la propiedad colectiva de los medios de producción.

La lucha de clases

Los trabajadores sienten sus propias penas, simpatizan con sus compañeros de servidumbre y aúnan sus esfuerzos para defenderse colectivamente y elevar su situación en la sociedad, lucha de clase que Marx ha contribuído a encender desarrollando hasta sus últimas consecuencias la teoría del trabajo-mercancía y anunciándolas al pueblo trabajador.

En esta lucha el proletariado sigue el ejemplo de las clases oprimidas y enérgicas de todos los tiempos. Desde la disolución de la sociedad gentil, basada en el parentesco y cierta comunidad de bienes dentro de la «gens», para ser reemplazada por el estado, basado en el territorio y la propiedad, la historia interna de los pueblos ha sido una serie ininterrumpida de luchas de clases: eupátridas y trabajadores, en la naciente Atenas; ricos y pobres, en la Grecia de la decadencia; patricios y plebeyos, en Roma; señores y campesinos, nobles y burgueses, en la Europa Occidental, y ahora, en el mundo entero civilizado, burgueses y proletarios.

Y no se trata esta vez de una relación patriarcal de amo y servidor, compatible con la vida regular de éste, aunque no se dé cuenta de su situación, y, habituado a ese mutualismo casi biológico, no ambicione una vida mejor ni sea capaz de conseguirla. Los artesanos de la Edad Media trabajaban en condiciones permanentes fijadas por la costumbre de los siervos, adscritos a la gleba, tenían seguros, por lo menos, una casa y un campo que trasmitían a su familia; sólo las depredaciones de los señores pudieron arrastrarlos a la revuelta, a la «Jacquerie». Todo es estable cuando el



modo de producción es estable. Al contrario, la época actual, de incesante progreso técnico-económico, obliga a la clase obrera a una continua lucha defensiva, so pena de perecer.

En las sociedades modernas se produce casi exclusivamente para el cambio, y el cambio está entregado a la libre competencia, en la cual triunfa el capitalista que más reduce el costo de producción. Sin tener, pues, más sed de lucro que la inherente y saludable a su clase social, los empresarios tienden, por una parte, a economizar gastos a expensas de los trabajadores que emplean; por otra, a mejorar la técnica industrial.

La primera tendencia se manifiesta prolongando la jornada de trabajo, disminuyendo los días de fiesta, ahorrando sobre las condiciones materiales de trabajo necesarias para la salud y la seguridad de los obreros, sobre el alojamiento y la comida de éstos cuando son huéspedes del patrón, deprimiendo en general los salarios, habituando a los trabajadores a una vida inferior, a alpargatas en vez de botas, porotos en vez de carne, aguardiente en vez de vino, mate cocido en vez de café.

La revolución de la técnica trastorna más aún la vida del trabajador. Las máquinas lo desalojan, lo arrojan de un campo de la producción a otro, le imponen un esfuerzo más sostenido e intenso; la jornada, ya larga, se prolonga desmesuradamente, se muele o se teje día y noche si así conviene al capital; las hornallas no se apagan ni los más indispensables días de reposo y de fiesta; las mujeres y los niños son arrebatados por la fábrica al hogar obrero, amenazándolo de completa disolución. La población trabajadora, amontonada en las ciudades o diseminada en los campos, parece el simple anexo de un mecanismo destinado a producir para los dueños del capital.

Y, en efecto, cada tantos años llega un momento en que no hay quien compre los productos a un precio conveniente para los capitalistas, aunque no falta, por supuesto, quien necesite consumirlos; se ha producido demasiado, y no hace cuenta producir más. Fábricas y talleres se paran entonces, y quedan sin trabajo miles o millones de obreros.

La socialización de los medios de trabajo

Para su propia emancipación, y para dar al esfuerzo de los hombres la mayor eficacia por el consenso y la armonía, el pueblo trabajador asigna, pues, a la lucha de clase en que está empeñado un objetivo último e ideal: la socialización de los medios de producción y de cambio, su paso de la propiedad privada a la propiedad colectiva, única manera de que los trabajadores vuelvan a ser dueños de los elementos de trabajo, y de que haya igualdad y justicia en la economía social.

La necesidad del progreso técnico y la aspiración de los trabajadores a la independencia económica conducen paralelamente al Socialismo. El obrero de un gran molino moderno o de una gran destilería no puede pensar en independizarse estableciendo una tahona o un pequeño alambique, ni los empleados de un ferrocarril aspirar a tener, cada uno, un carruaje o un carro para competir con la vía férrea. Lo que esos obreros piensan, o deben pensar, para ser libres, es hacerse dueños del molino, de la destilería, del ferrocarril. Y la dependencia recíproca de las diversas ramas de la producción, así como el espíritu de solidaridad, tan activo ya en las filas trabajadoras, hacen que la evolución de la propiedad de los medios de producción, todavía privada e inadaptada a la forma ya colectiva de la producción, se conciba como la substitución de los propietarios particulares, parasitarios y expoliadores, por la comunidad laboriosa entera, para instituir una gran república cooperativa donde, ejercitando todos en el trabajo sus más altas aptitudes, cada uno disponga del producto de su trabajo.

Para ser fundada y fecunda esta hipótesis del colectivismo futuro no necesita ser detallada. Sus bases técnicas están ya en gran parte constituídas, faltando sólo que la producción rural adquiera un grado de organización y eficiencia comparable al de la producción industrial y el comercio. Mucho queda en cambio por aprender acerca de las relaciones económicas de los hombres, que han de conciliar la cooperación con la libertad individual, el completo desarrollo y aprovechamiento de las aptitudes de cada uno con la igualdad. La estadística acumula materiales inmensos para el estudio objetivo de los salarios, que contribuirá a resolver el problema de la retribución de las diferentes clases de trabajo. La experiencia de los «trusts», que monopolizan más o menos ciertos ramos de la producción, prueba, por otra parte, que la competencia capitalista está lejos de ser necesaria para la eficiencia de la dirección técnica. Preguntados los sindicatos norteamericanos, en una reciente investigación oficial, si han notado en la dirección de sus establecimientos alguna falta de cuidado imputable al monopolio y la seguridad de las ganancias, 21 declaran no haber tenido deficiencia alguna y 7 afirman haber conseguido una eficiencia mayor. El jefe de cada uno de los establecimientos pertenecientes a un sindicato tiene la obligación de llevar prolijos apuntes sobre el costo de producción en la fábrica que regentea, para la frecuente comparación de todos los establecimientos entre sí. De es amanera, sin que haya entre éstos competencia mercantil alguna, reina la más vigorosa competencia en la fabricación, competencia mucho más instructiva que la de establecimientos independientes entre sí, pues dentro del «trust» se conoce exactamente el costo de producción y se puede medir el grado exacto de eficiencia de cada uno.

El internacionalismo

Contra el orgullo y el gusto por la prepotencia nacional, verdadero provincialismo, en que tantas veces escolla todavía la política de los pueblos, no hay defensa más segura que el Socialismo, que de la competencia capitalista internacional deduce la solidaridad obrera cosmopolita, que quiere para el comercio mundial la mayor libertad, no en honor del libre cambio abstracto, que tan mal disimula intereses capitalistas particulares, sino para mejorar la situación del pueblo.

El buen nacionalismo

Y no sólo así el Socialismo se manifiesta como el buen nacionalismo; él facilita la asimilación de la población inmigrada, en lugar de dejarla constituirse como una nueva clase de metecos, y al defender a la población obrera contra las exacciones del capital, la pone especialmente en guardia contra las más pesadas, que son, en general, las del capital ausentista y extranjero. Y levantando y educando a las masas, aumenta su poder militar, y las hace capaces de conservar y desarrollar, aun bajo la dominación extranjera, lo bueno y vital de la nacionalidad, puntos de vista recomendables a los patriotas. Hay hombres sinceros, apegados a la tradición y los símbolos, para quienes nada es tan precioso como su bandera y su nombre nacional. Que ellos se convenzan de que sólo un pueblo trabajador despierto y celoso de la equidad económica es capaz de defender su independencia política. Los siervos, sumisos a los señores del país, se someten sin resistencia al dominador extranjero. Tomen el ejemplo de los imperialistas ingleses, para quienes «tres piezas y una cocina por familia son el mínimum necesario para criar una mediana raza imperial». ¡Cuánto más necesarias serán para un pueblo sano y fuerte que quiera y sepa defender su libertad!

El problema moral

Y ¿para qué una moral religiosa? El pueblo sabe que tiene que trabajar, y esto le basta par aser bueno. Para los proletarios, explotados, altruistas sin quererlo y aun sin saberlo, otra imperativa regla moral es de todo punto superflua; lo que necesitan es un egoísmo de clase, luchar por su propia elevación colectiva, lo mejor que pueden hacer por sí mismos y por la Humanidad. Aun el Socialismo es para ellos un nuevo trabajo, más que un nuevo ideal.

Son los privilegiados, los pudientes, quienes deben ver en las nuevas doctrinas un ideal moral. El Socialismo no los invita a una renunciación estéril y destructiva, sino a dedicar al bien de todos las ventajas de su posición social: el propietario, como guardián inteligente y fiel de la parte de la fortuna pública que le ha tocado regentear; el empresario, haciendo más productivo el trabajo, y viendo con buenos ojos que los trabajadores quieran sacar ventaja de ese aumento; el consumidor, prefiriendo los artículos producidos en condiciones humanas de trabajo; el ciudadano, distrayéndose de la tarea de acumular dinero, en el perfecto cumplimiento de sus funciones políticas; el gobernante, realizando obra efectiva de solidaridad social; todos, afirmando su autonomía dentro de la familia, del partido, de la clase, cuando éstos opongan prejuicios a sus humanas aspiraciones y sanos afectos. Y sin buscar la recompensa de la gratitud ni del honor, felices en su alto egoísmo, sea éste o no altruísmo para los demás.

Así entendido, el Socialismo, más que una teoría histórica, una hipótesis económica y una doctrina política, es un modo de sentir, pensar y obrar que vigoriza y embellece la vida de los individuos como la de los pueblos.

Tiros al aire

¿Complicidad o ignorancia?

La mayor parte de los periódicos reaccionarios de la Capital, han publicado en su edición del 21 del corriente, esta hilarante noticia, relativa a la L. P. A.:

«El presidente de la junta central ha ordenado a las brigadas de la capital que en vista de haber transcurrido el término de la amenaza anarquista, las comisiones de defensa de los barrios, deben permanecer a media consigna.

—De los puntos atacados por los malhechores en el interior de la República, las respectivas brigadas, comunican que se ha restablecido el orden y que va cundiendo la confianza en los vecindarios. Tales informes dan cuenta de que han sido reforzadas las policías de Bahía Blanca, Bartolomé Mitre, Coronel Dorrego, Pergamino, Firmat y Rafaela.

Asimismo, la Liga ha enviado elementos de defensa a las brigadas de estos puntos, con la orden de aumentar las escuadras de recorrido en los parajes amenazados».

A fin de establecer si esta fechoría periodística es hija de la ignorancia o de la complicidad, transcribímosles el art. 22 de la Constitución Nacional:

«El pueblo no delibera ni gobierna sino por medio de sus representantes y autoridades creadas por esta Constitución. Toda fuerza armada o reunión de personas que se atribuya los derechos del pueblo y peticione a nombre de éste, comete delito de sedición».

Etica periodística

Con motivo de la huelga ferroviaria italiana, vemos que el infado servicio telegráfico de los grandes diarios nos transmite opiniones de «Il Messaggero», «L'Idea Nazionale», «Il Corriere d'Italia», «La Tribuna» (del impagable Malagodi) y de otros diarios igualmente clericales, capitalistas y patrioteros, las que, naturalmente, son adversas a los huelguistas.

No nos transmite en cambio, ni ahora, ni de costumbre, las opiniones de «L'Avanti», periódico maximalista de cierta importancia, puesto que imprime diariamente más de medio millón de ejemplares y representa la opinión del partido más numeroso de la península.

El mismo temperamento siguen habitualmente los rotativos capitalistas, y principalmente «La Nación», respecto a la prensa inglesa, francesa, española, etc.

¿Es ésta la nueva ética periodística de imparcialidad informativa que dice el señor Mitre haber inaugurado... no sabemos desde cuándo, porque todavía no se nota?

Para el grumete

Es «La Nación» un diario que, hoy por hoy, no hay modo de tomarlo en serio. Varias veces, sin embargo, nos lo hemos propuesto... mas, ¡ay!, sin conseguirlo. Da, en efecto, cada traspié el rotativo de la familia Mitre, que sólo los que ansían aparecer en sus columnos pueden entonarle loas. Observemos también que los traspiés resultan más grotescos, pues en los editoriales se escribe siempre en tono solemne, como revelando al mundo, atónito, verdades insospechadas y trascendentales. Condición propia, al fin de cuentas, de toda asinidad periodística.

Véase un caso. El cotidiano aludido publicó el 16 de enero, viernes, el siguiente párrafo, un día antes de ser derrotado el «Tigre»:

«No es ésta la primera vez que se habla de M. Deschanel como posible candidato a la presidencia, y seguramente, en esta ocasión, si no estuviese de por medio la candidatura de M. Clemenceau, su triunfo no habría sido improbable, pues cuenta desde antiguo con muchas arriesgadas simpatías parlamentarias, fortificadas con su patriótica conducta durante la guerra».

Con lo dicho por «La Nación» y lo ocurrido después, podemos afirmar que «aun estando de por medio la candidatura de M. Clemenceau, el triunfo de M. Deschanel ha sido seguro».

Felicitemos al «grumete» que—según la conocida frase de Saavedra Lamas—timonea el pesado «dreaghnout».

«Con su cepillito y su salivita»

Pío Baroja es un hombre que tiene la virtud de escribir en sus libros lo que muchos callan o lo que muchos comentan en habladurías de café. De ahí que ciertas obras suyas interesen tanto y estén tan en consonancia con la sensibilidad moderna.

Entresacamos ahora de «La caverna del humorismo» este pasaje:

«No he conocido todavía un hombre distinguido que merezca tener un criado que le cepille las botas. En una sociedad bien organizada, Pasteur o Koch o Wirchow, tendrían gente al lado que les evitarían hacer trabajos penosos, porque su labor es útil a la humanidad; pero don Jaime de Borbón, el duque de Alba o el conde de Romanones se cepillarían sus botas con su cepillito y su salivita, porque su tiempo no tiene importancia para nosotros. Respecto a esos chulitos de la aristocracia española y a esas estúpidas vacas grasientas que los acompañan en su automóvil y que no sirven más que para hacer estiércol, si fuera un tirano, a los unos, les mandaría a picar piedra en la carretera y a las otras al lavadero».

Lo dicho es aplicable aquí, sin duda: Lorenzo Anadón, Benito Villanueva, Fernando Saguier y Honorio Pueyrredón podrían ya aprender a sacar brillo. «Zapatero, a tus zapatos».

Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

CeDInCI

ab imo
péctore